

Introducción. Jóvenes rurales, memoria y futuros agrícolas en América Latina

Fina Carpena-Méndez

Oregon State University

Recepción: 12/enero/2015 Aceptación: 20/mayo/2015

Esta colección de artículos presenta perspectivas multidisciplinares sobre la condición de la juventud rural en América Latina en el contexto de las reestructuraciones agrarias y las transformaciones de las formas de vida en el campo. Estos estudios, en distintos contextos nacionales, abordan temáticas significativas para aproximarse a la diversidad y complejidad de las condiciones y trayectorias de vida e identidad de los jóvenes de las nuevas ruralidades (Pérez, 2004; Kay, 2009) que han emergido en las últimas décadas. Fenómenos como las transiciones agrarias, las transformaciones y diversificaciones de las estrategias de vida de las comunidades rurales, el acaparamiento de tierras y la desigualdad en la tenencia y el acceso a la tierra, la migración, y la búsqueda de estrategias para la sustentabilidad y la justicia social y alimentaria, son problemáticas que inciden en las experiencias de vida de los jóvenes de los territorios rurales y se articulan con sus aspiraciones, identidades, trayectorias de vida y formas de entender el mundo y de entenderse a sí mismos.

A pesar de la expansión del campo de estudios socioculturales de la infancia y la juventud de las últimas dos décadas, con la renovación teórica y metodológica para aproximarse a los jóvenes como actores sociales y no sólo como sujetos pasivos de procesos de enculturación y transmisión cultural (James & Prout, 1997), la atención a las juventudes rurales ha sido escasa porque permanecía varada en constructos teóricos que hacían inconmensurable la formación de identidades juveniles articuladas a procesos de modernización y globalización con las representaciones de la vida rural como tradicional, simple, estática, atrasada y con necesidad de desarrollo. En el contexto latinoamericano, la investigación académica no atendió a las juventudes rurales como categoría social en cuyas subjetividades cristalizan las memorias culturales y la articulación de políticas económicas, agrarias, sociales y educativas. La excepción fue la literatura producida por agencias internacionales, gobiernos y organizaciones de la sociedad civil que construían el problema de la relación entre la juventud rural y las economías agrarias como de baja productividad agrícola, pobreza rural persistente y altos niveles de desempleo juvenil, y proponían la intervención educativa y agraria para elevar las aspiracio-

nes educativas, el acceso al mercado de trabajo e incentivar la participación de los jóvenes en el sector agroalimentario (como productores, empleados y consumidores) (CEPAL, 1994). Esta tradición investigativa aportó una mirada hacia los jóvenes desde la instrumentalización desarrollista (González Cangas, 2003). Los jóvenes de los territorios rurales preocuparon principalmente como sujetos de programas modernizadores del campo (Marín, 2009).

Con las profundas transformaciones de las economías y sociedades de los territorios rurales generadas por la gobernanza neoliberal del desarrollo, la agricultura ha dejado de ser central en las estrategias de subsistencia de las familias (Delgado, 1999; Appendini & Torres-Mazuera, 2008; Kay, 2009; Salas Quintanal, Rivermar Pérez & Velasco Santos, 2011). Los jóvenes rurales enfrentan la necesidad de desempeñar actividades laborales en diferentes sectores, en mercados nacionales e internacionales (Rojas, 2009; Del-Rey-Poveda, 2010; Salas Quintanal & González de la Fuente, 2014). Así, en las últimas dos décadas la migración transnacional desde comunidades rurales, sin experiencia previa en procesos migratorios internacionales, se ha ido perfilando como un proceso juvenil (Carpena-Méndez, 2007, 2014; Cruz-Salazar, 2012). Adolescentes y veinteañeros han tomado el liderazgo de estos nuevos procesos transmigratorios construyendo y creando recursos sociales y culturales donde no existían redes previas de apoyo que proporcionaran conocimiento y sostuvieran el proceso (Carpena-Méndez, 2014), y a la vez contribuyendo al abandono de tierras cultivables y facilitando su apropiación por parte de los mercados financieros. Estos nuevos procesos de migración infantil y juvenil independiente se han articulado tanto a la comercialización de la migración transnacional o industria migratoria (Gammeltoft-Hansen & Sørensen, 2013) como a la apropiación de tierras con fines comerciales o con discursos y agendas conservacionistas (Fairhead, Leach & Scoones, 2012).

Los jóvenes rurales constituyen una categoría privilegiada desde la que se pueden pensar las contradicciones y complejidades de las configuraciones económicas, políticas y culturales actuales. La vida e identidad de los jóvenes rurales se han reconfigurado en respuesta a los cambios impulsados por las políticas neoliberales en las economías regionales y nacionales (transformando los mercados de trabajo hacia el predominio agroindustrial altamente tecnificado de empresas transnacionales y profundizando la precariedad laboral de los más jóvenes y su exclusión de las economías nacionales), la erosión de los servicios sociales en favor del libre mercado (que han impactado principalmente a niños y jóvenes) y las culturas globales del consumo, el deseo y la identidad como autorrepresentación. La categoría de los jóvenes, como categoría histórica, social y políticamente construida, se basa en la naturaleza de la relación que mantienen con los medios de producción y consumo (Comaroff & Comaroff, 2001): esto es, se trata de una categoría construida sobre bases materiales (véase Comaroff & Comaroff, 2005, p. 24).

Pero los jóvenes no son sólo una categoría material y discursivamente construida. También son actores sociales y sus acciones diarias tienen impactos más allá de sus redes de relaciones inmediatas en la familia. Los jóvenes han respondido a la inestabilidad producida por la penetración del capitalismo transnacional y los rápidos cambios en el día a día en los territorios rurales a través de nuevas formas de movilidad, perfilándose así como actores sociopolíticos clave en sus comunidades. En el contexto de la movilidad, de las rupturas históricas aceleradas de las formas de vida y de la incorporación de los territorios rurales a procesos globales económicos, políticos y culturales del capitalismo tardío, la agencia de la infancia y la juventud adquiere visibilidad pública y simultáneamente se desarrolla un renovado interés académico por desentrañar la formación de nuevos procesos identitarios entre los jóvenes rurales e indígenas, lo cual los incorpora por primera vez a los estudios sobre juventud (González, 2003, 2004; Panelli, Punch & Robson, 2007; Pérez Ruiz, 2008; Carneiro & Guaraná de Castro, 2009; Urteaga, 2011; Cruz-Salazar, 2012). Los jóvenes rurales se desvelan así como sujetos de transformación histórica.

La atención a las configuraciones identitarias de las juventudes rurales e indígenas a través de la escolarización, la migración y el consumo de bienes materiales y simbólicos sigue anclada a lentes analíticas que materializan una visión de los jóvenes como agentes del cambio modernizador. Los jóvenes se sitúan en el centro de análisis en tanto se busca entender la diversidad de resignificaciones que la condición juvenil toma en las nuevas ruralidades; esto es, cómo los imaginarios y prácticas juveniles que circulan globalmente son apropiados y resignificados en contextos e historias locales. Las trayectorias de vida móviles y las prácticas juveniles vinculan los espacios rurales a los urbanos y transnacionales, nos obligan a repensar esas fronteras conceptuales. No obstante, los jóvenes rurales con frecuencia son representados como un grupo social homogéneo, sin diferenciación de género ni de clase social, cuyas identidades y prácticas se forman con independencia de sus familias, sus comunidades y sus interrelaciones con otros grupos de edad. Aunque esas lentes iluminan la formación de identidades juveniles, tienen limitaciones para dar cuenta de la (re)articulación entre subjetividad y saberes y para entender el papel central que los jóvenes tienen en los procesos de reproducción, recreación y transformación de formas de vida y conocimientos. De igual manera, el enfoque en la formación de identidades omite la relación que los jóvenes rurales puedan seguir teniendo con la tierra a pesar de no pensarse como campesinos. Es importante reconocer cómo la desigualdad en la tenencia y el acceso a la tierra, especialmente en el contexto de procesos de privatización, puede afectar diferencialmente a los jóvenes, así como las relaciones inter e intrageneracionales, entre padres e hijos, hermanos y esposos. El impacto que el acaparamiento de tierras por parte del capital privado tiene en el futuro de los jóvenes rurales, para los cuales es cada vez más difícil acceder a tierra cultivable, es un tema que necesita atención.

Un diálogo entre juventudes, nuevas ruralidades y conocimientos agroecológicos

En la literatura reciente sobre juventud y nuevas ruralidades es escasa la atención que se presta a la relación actual de los jóvenes con la tierra, así como a la transformación intergeneracional de prácticas agrícolas y los sistemas alimentarios. Existe la tendencia a asumir que los jóvenes actuales no tienen interés por la agricultura y que la escolarización obligatoria y la migración son factores que limitan la adquisición de conocimientos agroecológicos. Se asume, en consecuencia, que existe una pérdida inevitable de conocimientos y habilidades en sectores de la población rural cuyas formas de subsistencia han dependido de los recursos naturales (Punch & Sugden, 2013; Fitting, 2011). Las políticas dirigidas a la juventud rural abordan la relación entre sistemas alimentarios y juventud desde presupuestos ideológicos que, por un lado, promueven las reestructuraciones agrarias y las actividades de la industria agroalimentaria y, por otro, representan la condición juvenil asociada al desempleo, la vulnerabilidad social y la violencia. Estas políticas se sustentan en una base débil de investigación y evidencia sobre la naturaleza de la relación actual de los jóvenes con los sistemas agrícolas y alimentarios, por un lado, y sobre las respuestas a estas políticas, por otro (Sumberg, Akua Anyidoho, Leavy, Lintelo, & Wellard, 2012, p. 3).

Este número temático surge del panel Rural Youth, Memory, and Agricultural Futures in Latin America, que tuvo lugar en Latin American Studies Association (LASA), Chicago, en mayo de 2014. El panel emergía de la preocupación social y académica por el reconocimiento y la inclusión de los jóvenes en las luchas colectivas por la sustentabilidad económica y ambiental. Los sistemas agrícolas, que históricamente habían proporcionado seguridad alimentaria en los territorios rurales, están siendo desmantelados en América Latina y otras regiones del mundo. A los jóvenes campesinos e indígenas rurales se les presentan perspectivas sombrías para el futuro en sus comunidades y en muchos casos pronto se vuelven escépticos de las oportunidades que la educación formal en los territorios rurales les ofrece para la movilidad social. En este contexto, los jóvenes rurales, excluidos de expectativas de empleo seguro y permanente en los mercados nacionales rurales y urbanos, ven en la migración transnacional un horizonte de futuro. Esta dislocación masiva parece fracturar las relaciones íntimas humano-ecológicas y erosionar las memorias bioculturales y los saberes agroecológicos que fueron adaptados durante largos periodos de tiempo a localidades particulares. Este número temático aborda preocupaciones sociales centrales en estos procesos de transformación histórica. ¿Quién preservará la variedad de cultivos nativos si los jóvenes buscan oportunidades económicas más allá de las formas de producción tradicionales para mejorar sus condiciones de vida? ¿Cómo se posicionan los jóvenes en relación con las prácticas y los saberes agrícolas indígenas y campesinos, y la lucha social por la autonomía y

la reforma agraria en la que muchos movimientos indígenas y campesinos fueron fundados? ¿Cuáles son las condiciones de trabajo, vida e identidad de los jóvenes rurales absorbidos por la industria agropecuaria?

A partir de la exploración de estas cuestiones se llegó a nuevas preguntas centrales para pensar los futuros agrícolas en América Latina: ¿cómo incorporan los jóvenes campesinos e indígenas las experiencias y orientaciones cognitivas adquiridas en la escuela, en el trabajo asalariado tanto agropecuario como en otros sectores, en la migración y la transculturalidad, al repertorio de saberes y formas de relacionabilidad con el entorno socionatural que han caracterizado y mantenido la agricultura en pequeña escala familiar y comunitaria a lo largo del tiempo? De estas discusiones emergió la necesidad de una agenda de investigación en respuesta a las limitaciones teórico-metodológicas existentes para aproximarse a la relación que los jóvenes mantienen con la memoria biocultural, los saberes y prácticas agroecológicas en transformación, así como la transmisión y tenencia de la tierra. Esto es, que nos permita entender la naturaleza de la agencia de los jóvenes en los procesos dinámicos de mantenimiento y transformación de memorias, prácticas sociomateriales y saberes. La construcción de una mirada a los procesos de creación de subjetividades juveniles, a cómo los jóvenes incorporan los proyectos hegemónicos de modernización, globalización y desarrollo, puede darse sin eclipsar la simultaneidad de sus contribuciones a la re-creación intergeneracional de saberes y prácticas agroecológicas.

Sabemos poco sobre cómo la reestructuración de las relaciones de poder intergeneracionales esté dando forma a la transmisión de la tenencia de la tierra a las nuevas generaciones en comunidades campesinas e indígenas, especialmente bajo modelos de desarrollo que promueven la inversión de capital privado y la adquisición de tierras por parte de compañías y fondos de inversiones. Tampoco tenemos una comprensión sobre la relación que los jóvenes tienen con la tierra y las prácticas agrícolas en el contexto de la migración, esto es, cómo la participación en la agricultura familiar se inserta dentro de sus trayectorias de vida móviles y la pluriactividad. Y no tenemos una comprensión de cómo la escolarización universal (asociada tanto a los cambios en las prácticas diarias y el valor social de los niños y jóvenes como a las reorientaciones cognitivas que traen consigo la alfabetización y la textualidad) ha limitado, obstruido o alterado los procesos pedagógicos por los que los saberes locales agroecológicos se aprenden intergeneracionalmente en los espacios y tiempos de la cotidianidad.

Me remito aquí a la preocupación de Pamela Reynolds (1995, 2007, 2008) por nuestro repetido fracaso en documentar la agencia de los jóvenes en los procesos de ruptura sociohistórica y a su llamado por el reconocimiento de la edad como una categoría que merece especial escrutinio. No podemos entender la emergencia de nuevas formas de existencia social en los territorios rurales sin considerar a los niños

y jóvenes como sujetos clave de esta transformación histórica, sin tomar en cuenta cómo sus experiencias de movilidad, flexibilidad étnica, transculturalidad y el manejo de distintos repertorios culturales impiden la re-creación de prácticas y saberes campesinos haciéndolos obsoletos; o bien alteran las orientaciones cognoscitivas, de percepción-relación con el entorno que hacen posible la continua formación de un cuerpo de conocimiento y práctica; o quizá se incorporan y registran en la memoria cultural y el repertorio de prácticas sociomateriales. Entender la naturaleza de los anclajes de niños y jóvenes rurales a la tierra y sus perspectivas sobre el trabajo agrícola, mientras crecen bajo regímenes materiales y discursivos que construyen el campo como un espacio de muerte social y falta de futuro, implica repensar el territorio no sólo como base para la identidad sino también como respuestas a procesos de desposesión y como la concepción de posibilidades de vida por parte de los jóvenes.

La introducción de la edad y la generación como categorías analíticas críticas para aprehender las epistemologías, subjetividades y formas de vida campesinas en constante transformación nos permitirá una mejor comprensión de la naturaleza del asalto neoliberal a la reproducción de las formas de organización social y de conocimiento en los territorios rurales. De esta comprensión cabe la posibilidad, como señala Baraona (1987, p. 181) de “imaginarse un mundo en que la modernización y el campesinado no son conceptos mutuamente hostiles, un mundo en el que el campesino se transforma pero no es eliminado”. Sabemos que las formas de manejo de la naturaleza no-industriales y las formas cognoscitivas y de relacionabilidad indígenas y campesinas han permitido la conservación de ecosistemas locales (Toledo & Barrera-Bassols, 2008). Y que las transformaciones socioecológicas forjadas por los proyectos hegemónicos de modernización, desarrollo y globalización neoliberal contribuyen al deterioro medioambiental acelerado, y en consecuencia, la pérdida de biodiversidad y de la salud. Estas transformaciones han incentivado la politización de la articulación entre ecología y sufrimiento social, y obligado a reexaminar la separación ontológica entre naturaleza y cultura que ha caracterizado el pensamiento occidental (Descola, 2013; Latta & Witman, 2012). El proceso de materialización de una visión social basada en prácticas productivas que se apropian de la naturaleza de forma sustentable y que permiten el mantenimiento de la diversidad biológica y cultural, mutuamente dependientes, es uno que no niega a los pueblos campesinos (independientemente de su filiación étnica) la posibilidad de seguir re-creando en cada generación su memoria biocultural.

Los trabajos presentados se agrupan en tres temáticas centrales. El artículo de Vizcarra, Thomé y Hernández sobre la conservación de maíces nativos en Mesoamérica y el de Cockburn sobre los programas de desarrollo agroecológico en Bolivia consideran la intersección de género y generación en el análisis del relevo generacional y la continuidad de la agricultura familiar. El artículo de Susana Aparicio y Marcela Crovetto sobre el trabajo infantil y adolescente en el agro argentino aborda, desde un

enfoque generacional, las reestructuraciones socioproductivas de los territorios rurales con predominio agroindustrial y la heterogeneidad de condiciones sociolaborales y educativas de los jóvenes. Finalmente, Bernardo Mançano Fernandes presenta la creación de un paradigma de desarrollo agrario indisociable de un proyecto de educación del campo en Brasil pensado a partir de los principios y las lógicas del campesinado y no del capital. Aunque parten de perspectivas disciplinares y marcos analíticos disímiles, los artículos demuestran la relevancia analítica generacional para aproximarse a las transformaciones de los sistemas socioproductivos agrícolas y a las identidades y prácticas educativas que los (re)producen. Esta introducción propone la importancia de la transfertilización conceptual y metodológica entre los estudios socioculturales de la juventud, del desarrollo rural y agrario y de la educación, campos de conocimiento con desarrollos independientes que raramente dialogan entre sí.

Globalismo neoliberal y relevo generacional en la agricultura: exclusiones y desposesiones de los jóvenes rurales

En las últimas tres décadas hemos sido testigos de la profunda reestructuración de las sociedades rurales y de las actividades agrarias en el contexto de la implementación de políticas neoliberales que han profundizado y acelerado una larga historia de desarrollo y globalización capitalista en América Latina. En el futuro para las áreas rurales concebido por los reformistas neoliberales, formas de ruralidad basadas en la implementación de biotecnología en la producción agrícola para el mercado global, por un lado, y en las remesas enviadas por campesinos y pequeños productores desplazados de las actividades de campo que engrosan los flujos migratorios, por otro, labraban el terreno para la emergencia de nuevas formas de existencia social en el campo.¹ Las promesas de la nueva ronda de modernización neoliberal incluían el incremento de la productividad agrícola, mayor bienestar material y la mejora de las estructuras sociales tradicionales a través de la democratización de las relaciones sociales (comunitarias, de género y edad), a menudo construida discursivamente como el empoderamiento —liberación— individual de mujeres y jóvenes de comunidades rurales.

¹ Para un análisis crítico de los discursos que loan las remesas migrantes como sostenedoras de las economías nacionales y promotoras de desarrollo económico rural véanse Binford (2003) y Guarnizo (2003). Asimismo, Glick Schiller (2010) sostiene que los procesos de migración y desarrollo son parte de fuerzas globales que afectan tanto a los que emigran como a los que se quedan, tanto a los inmigrantes como a los nativos, y que su análisis no puede separarse de una discusión de la reestructuración neoliberal de los Estados, las economías nacionales y los regímenes de trabajo.

Una constelación de políticas públicas articuladas por la coherencia ideológica del globalismo neoliberal (Otero, 2008) alrededor de la primacía del sector privado, la seguridad en el carácter autorregulador del mercado y una visión de lo social como acumulación de individuos autónomos o consumidores, ha transformado no solamente las relaciones verticales entre el Estado y los ciudadanos, sino las relaciones entre las personas o las formas de sociabilidad, así como las condiciones de su autoconocimiento y las relaciones públicas que dan lugar a la pertenencia (a través del trabajo, el mercado, la política y la identidad) (Comaroff & Comaroff, 2001; Greenhouse, 2010). La reestructuración de los Estados por procesos políticos y económicos transnacionales ha alterado profundamente las prácticas de ciudadanía, las subjetividades rurales y las formas de relacionabilidad. El proyecto de globalización neoliberal ha significado una fuerza histórica de transformación cultural en la que se ha reconfigurado la constitución mutua del campo y la ciudad, siempre dependiente de las dinámicas de transformación capitalista (Williams, 1973). Ong (2006) reconceptualiza el neoliberalismo como una nueva técnica de gubernamentalidad que reconstruye la relación entre poder y conocimiento en la que las actividades de gobernanza se presentan como problemas no políticos y no ideológicos que requieren de soluciones técnicas.

En gran parte de América Latina la liberalización económica incluyó la eliminación de políticas proteccionistas para el mercado agrícola, el desmantelamiento de programas de crédito, subsidios y asistencia técnica a pequeños productores, el final del compromiso de los Estados con la reforma agraria y la reorientación de las políticas alimentarias hacia la exportación para mercados globales (Otero, 2008). Las políticas neoliberales han transformado también las relaciones socioecológicas a través de la apropiación de tierras y recursos naturales para el mercado, desplazando así los regímenes de valor no basados en el mercado y las relaciones que éstos sostienen. Las reformas neoliberales, que necesitaron del papel activo del Estado (para privatizar, desregular y delegar), en muchos casos transfirieron los derechos de uso y propiedad de la tierra y el control de los recursos naturales de pequeños agricultores y las comunidades campesinas e indígenas a manos de una extraordinaria variedad de actores: capitalistas de riesgo e inversores en la agricultura comercial, los combustibles y la minería, compañías de ecoturismo, activistas verdes y conservacionistas ambientales, y ONG. Muchas de estas apropiaciones de la naturaleza se hacen bajo discursos y agendas verdes (véase Fairhead *et al.*, 2012).

Investigaciones empíricas sobre los efectos de las políticas neoliberales en las áreas rurales muestran, sin embargo, una mayor polarización social y regional que profundiza las desigualdades ya existentes, el desmantelamiento de las economías de subsistencia, la degradación medioambiental, la aceleración de la migración laboral (tanto intranacional como transnacional), la separación familiar

y la pérdida de conocimiento agroecológico en las nuevas generaciones (véase Vizcarra, Thomé & Hernández en este número). Las nuevas ruralidades que han emergido en las últimas décadas ya no son sinónimo de actividades agrarias, sino territorios heterogéneos con una profundizada articulación con los mercados globales a través de la producción y consumo de mercancías y los mercados del trabajo y servicios (Appendini y Torres-Mazuera 2008, Salas Quintanal et al., 2011). Como nos recuerda Maçano (en este número), la agricultura en pequeña escala o familiar siempre está subordinada a los modos capitalistas de producción y consumo, los cuales generan desigualdades y destruyen las formas de organización social y las memorias culturales campesinas, reformándolas de acuerdo con los intereses contingentes de la economía capitalista. Pero el desarrollo capitalista, sustentado por imaginarios de progreso y modernidad, lejos de ser un proceso lineal y homogéneo, que lleva inevitablemente a la desaparición del campesinado, genera constantemente las contradicciones en las que los campesinos se reconstituyen a la vez que forman nuevas respuestas a procesos noveles de exclusión y desposesión por parte del mercado (Morton, 2007; Paz, 2011).

Es en este contexto en el que debe analizarse cómo los niños y los jóvenes de comunidades rurales experimentan y dan sentido a esta nueva ronda de modernización, situada localmente aunque articulada globalmente, mientras que transitan por el ciclo de vida. ¿Cómo están respondiendo los jóvenes, desde la cotidianidad de sus relaciones intergeneracionales, de su re-creación de identidades y saberes, de sus anhelos y trayectorias, de su agencia política, a la continuada —y con frecuencia violenta— inserción de los territorios rurales de América Latina al capitalismo tardío y sus redes globales de acumulación y desposesión? El sujeto neoliberal no es un ciudadano con derechos sobre el Estado. Es así como la migración se perfila en el horizonte de deseo de los jóvenes como una salida a la exclusión de las formas políticas colectivas dada la individualización de las prácticas de ciudadanía basadas en el consumo (Richard, 2008). La migración juvenil de las zonas rurales es, así, una forma de desposesión de los jóvenes con efectos disciplinarios importantes. No podemos abordar el tema de la condición de los jóvenes rurales en América Latina (al igual que en otras regiones del mundo) sin tener en cuenta cómo el globalismo neoliberal ha alterado la fenomenología de estar en el mundo, las formas de conocer y experimentar la relación con los otros y el mundo, y las condiciones en las que el conocimiento (cultura) se transmite y recrea en cada generación. En lo que sigue abordamos la emergencia de los jóvenes como sujetos históricos de los territorios rurales en el contexto de las políticas neoliberales que han erosionado las formas de vida campesinas, así como las herramientas analíticas con las que desde los estudios socioculturales de la juventud se aprehenden sus subjetividades.

Las juventudes rurales: identidades, agencia y conocimientos como dilemas analíticos²

A pesar de una larga tradición investigativa en estudios socioculturales de la juventud, existe desatención a los jóvenes rurales. Esta desatención ha sido explicada por ser lo rural y lo juvenil constructos analíticos contradictorios y antagónicos (González Cangas, 2003, 2004). Lejos de ser una categoría analítica universal, la juventud ha sido considerada como producto de la modernidad, una formación ideológica que ha naturalizado un modelo de desarrollo humano que tomó forma en la sociedad capitalista industrial y en instituciones del Estado moderno como la escuela (Gillis, 1974; Comaroff & Comaroff, 2005). Tanto la “infancia” como la “juventud” son constructos culturales que emergen a partir de un conjunto de transformaciones sociales y valores culturales, y cuyas evoluciones reflejan la historia de la modernidad y la globalización capitalista. Los marcos analíticos desarrollados para aprehender las construcciones cambiantes de la juventud y las realidades de los jóvenes delinear procesos sociales modernizadores y globalizadores. Es por ello que nos detenemos en las tradiciones de análisis en los estudios de la juventud en Europa y Norteamérica, en las influencias que éstas han tenido en su desarrollo en América Latina, en la necesidad de incluir la diversidad de experiencias de los jóvenes rurales en este campo de estudio, para finalmente proponer nuevas líneas de investigación sobre los jóvenes rurales como sujetos de conocimiento y actores sociales clave en la producción de políticas públicas que promuevan el desarrollo rural sustentable, la soberanía alimentaria y la alimentación saludable.

Siguiendo la tradición de estudios históricos iniciada por Philippe Ariès (1962) sobre la invención de la infancia en Europa como etapa diferenciada del curso de vida dentro de la nueva concepción moderna de la familia, Zelizer (1985) traza la profunda transformación del valor económico y sentimental de los niños que se dio con la reorganización de sus espacios cotidianos en los procesos de urbanización a finales del siglo XIX y principios del XX en las sociedades industriales. Los hijos de las clases trabajadoras y los inmigrantes fueron objeto de batallas legislativas y cruzadas civilizadoras para incluirlos en un nuevo ideal de infancia no

² Esta sección no pretende ser una revisión exhaustiva de la literatura interdisciplinaria sobre juventud en general, ni sobre la juventud rural en América Latina en particular. Aunque se centra en los estudios etnográficos de la juventud, las referencias citadas sirven para ilustrar puntos específicos y por razones de espacio se omiten estudios sobre jóvenes en territorios rurales en distintos contextos nacionales latinoamericanos y desde distintas perspectivas disciplinarias.

productiva (circunscrita al entorno doméstico y escolar),³ deslegitimando así las estrategias económicas y de socialización de sus familias (Zelizer, 1985). Pero así como la infancia se convierte en una categoría de vulnerabilidad, protección, inocencia y dependencia, los jóvenes se convierten en otra de exclusión y explotación en la historia de la relación del capital con la nación-Estado.

La juventud, como la generación, no es una categoría con delimitaciones universales etarias o cronológicas. Es una categoría social y política supeditada a las transformaciones históricas. Se construye en lo cotidiano, en las relaciones de poder y las políticas públicas que definen su estatus. Las economías capitalistas industriales crearon las condiciones de posibilidad para la emergencia de la categoría de la “juventud” como una realidad social semiautónoma del control familiar en las calles de los barrios pobres de las ciudades manufactureras de Europa y Estados Unidos (Comaroff & Comaroff, 2005). La juventud, entonces, se perfila en un colectivo principalmente masculino, fuera de lugar, disruptivo y desafiante de los valores y el orden social burgués. El sistema estatal de educación obligatoria de masas, lejos de erradicar la exclusión social de los jóvenes, se convierte en un mecanismo de reproducción de la desigualdad social, directamente implicado —al estar el fracaso escolar inserto estructuralmente en su lógica disciplinaria— en conformar a la juventud en un colectivo no sólo moralmente inmaduro sino en anticidadanos.

La educación escolar tampoco se adaptó a las necesidades, los ritmos temporales y los conocimientos de la vida rural, contribuyendo así a la separación de los niños y jóvenes de la vida y los espacios adultos (Cunningham, 2005). Aun así, la preocupación por los jóvenes rurales en Europa y Norteamérica ha sido marginal en las ciencias sociales. Las miradas etnográficas a los sistemas sociales rurales en Europa que incluyeron a los jóvenes a partir de 1960, lo hicieron desde el análisis del colapso de las economías agrarias, las transformaciones que traían consigo su inserción en el mundo dominante urbano y la desintegración de la vida familiar (Scheper-Hughes, 1979; Bourdieu, 2008). Los jóvenes rurales que no emigraban a las ciudades eran los solteros, obligados a encarnar la contradicción de ser los herederos del patrimonio y a la vez los que ponían fin a las formas de vida campesinas, al no poder reproducirlas por ser su capital simbólico reducido a la nada por la violencia simbólica del mundo urbano dominante. Sin haber alcanzado la experiencia identitaria juvenil forjada en las formas de sociabilidad e interacción en la ciudad y en la independencia laboral de sus familias, tampoco alcanzaban la condición adulta plena al no poder crear sus propias familias. Los jóvenes rurales

³ La circunscripción de la infancia al entorno doméstico y escolar ha sido un eje central en la formación de la concepción contemporánea hegemónica de la infancia que se ha internacionalizado a través de la Convención de los Derechos del Niño y de legislaciones nacionales.

no fueron objeto de interés de los estudios sociológicos y culturales de la juventud al no poder ser incluidos en la categoría moderna de lo juvenil.

No obstante, Marín (2009) argumenta que existió un largo proceso de construcción y reconocimiento de la categoría juventud rural desde finales del siglo XIX en los países de Europa occidental y los Estados Unidos por parte de programas estatales de desarrollo rural con el fin de insertar a los jóvenes en los procesos de extensión tecnológica del capitalismo industrial. Las poblaciones rurales fueron preparadas para integrarse a la lógica de la sociedad industrial a través de los jóvenes, quienes desde las visiones sociales puestas en marcha mediante aparatos legales e instituciones de enseñanza fueron pensados y conformados como sujetos innovadores y transformadores de la realidad rural. La escuela se consolidó como instrumento de transformación de las subjetividades campesinas: “logró romper con su autonomía cultural, facilitando la modernización tecnológica, la estandarización de los idiomas, el éxodo rural, así como la asimilación de nuevas referencias difundidas por los diferentes medios de comunicación masiva” (Marín, 2009, p. 625). Los programas de extensión agraria para hijos de agricultores sirvieron tanto para enfrentar la deserción escolar rural como para legitimar el conocimiento y las prácticas de los técnicos agrícolas a las que los agricultores adultos mostraban resistencia, desautorizando así el conocimiento de la familia. Sin embargo, estos procesos de reconfiguración de las subjetividades, identidades y conocimientos de los jóvenes rurales europeos y norteamericanos no fueron objeto de atención por parte de los estudios de la juventud, pues el *habitus* académico a menudo traduce a categorías analíticas las visiones sociales promovidas por los poderes públicos y privados.

Marín (2009) señala los esfuerzos de las organizaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial para extender el reconocimiento de la existencia de la juventud rural (una categoría históricamente instituida en Europa y los Estados Unidos) en América Latina como agentes de cambio de mentalidad en la población rural y de transformaciones tecnológicas en la agricultura. Estos esfuerzos han tenido como objetivo la inserción de los jóvenes rurales latinoamericanos en las cadenas productivas agroindustriales.

Lo rural, como constructo opuesto a la modernidad industrial, fue entendido como el reducto de las formas de vida tradicionales, abordado desde perspectivas antropológicas que indagaban en las prácticas de socialización y los procesos de reproducción cultural en lugar de enfocarse en las producciones culturales de los jóvenes del Sur global. Esta tradición de investigación antropológica iniciada con la escuela norteamericana de cultura y personalidad (Mead, 1928), que enfatizó las transiciones a la adultez, continúa hasta la actualidad con una renovación analítica de la socialización que otorga agencia a los niños y jóvenes en lugar de situarlos como receptores pasivos de la transmisión cultural (Bolin, 2006). A pesar de que el registro etnográfico muestra que sociedades no industriales también pueden tener

etapas en el curso de vida y categorías de edad entre la infancia y la edad adulta con prácticas culturales distintivas que no son resultado de procesos de modernización, hasta los años noventa la antropología no se había preocupado por las culturas juveniles al ser éstas entendidas como una respuesta a los conflictos de clase dentro de las sociedades industriales (Bucholtz, 2002, p. 539).

Los estudios de las culturas y las prácticas juveniles como un grupo de edad distintivo y autoconsciente se han anclado en dos tradiciones investigativas. La sociología estadounidense indagó en los comportamientos de oposición de los jóvenes —principalmente minorías étnicas y grupos socioeconómicamente marginados— a las instituciones y normas sociales establecidas, elaborando así sus propias subculturas y ocupando los espacios de las calles (Cohen, 1955; Becker, 1963; Brake, 1980, 1985; Vigil, 1988). La británica, a su vez, se enfocó en la formación de identidades juveniles en las clases trabajadoras y elaboró el concepto de subcultura juvenil como una forma de resistencia a valores y culturas hegemónicas (Hall & Jefferson, 1976; Willis, 1977, 1990). Las aproximaciones académicas al estudio de los jóvenes incorporaron imaginarios que naturalizan la relación entre juventud, modernidad, violencia y desorden civil. En esta relación, los repertorios simbólicos de identidad sobre los que se construyen las subculturas juveniles se dan tanto en resonancia con movimientos sociopolíticos de resistencia a las estructuras de poder dominantes como a través de la encarnación de la violencia estructural y la falta de oportunidades.

Estas aproximaciones desde la sociología y los estudios culturales a los jóvenes como creadores de sus propios mundos sociales e identidades, independientes del control paterno, han tenido una profunda influencia en el desarrollo reciente de la antropología de la juventud. Este desarrollo ha expandido tanto el enfoque comparativo transcultural en la adolescencia como una etapa del curso de vida, que había caracterizado los enfoques antropológicos, como la noción de subcultura desde innovaciones teóricas que contemplan otras dimensiones de las prácticas y creaciones culturales de los jóvenes y a la vez permiten trazar las historias de las juventudes subalternas (Bucholtz, 2002; Feixa & González, 2005; Nilan & Feixa, 2006).

Esta nueva antropología de la juventud se ha visto estimulada por los procesos contemporáneos de globalización y transnacionalismo, en tanto que las prácticas culturales de los jóvenes combinan creativamente elementos de la cultura local con las aportaciones de la penetración del capitalismo transnacional (Pérez Ruiz, 2008; Virtanen, 2012). La emergencia de prácticas culturales e ideologías juveniles translocales, que marcan identidades a través del consumo de productos, símbolos y servicios de la industria cultural y el mercado del ocio, señalan un nuevo momento en la historia de la juventud (Comaroff & Comaroff, 2005; Nilan & Feixa, 2006; Cole & Durham, 2008b). Esta nueva etapa de la historia de la juventud es intrínseca a los efectos del capitalismo neoliberal, que tanto promueve las interconexiones de los

jóvenes en todo el mundo (y su conciencia de estas interconexiones) y sus migraciones laborales como genera los mecanismos para su exclusión social y privación económica, en especial en el Sur global (Hansen, 2008). Las ideologías, prácticas e identidades de colectivos juveniles basados en la edad y las políticas de estilo surgen en la interconexión electrónica y mediática del planeta siguiendo los intereses comerciales transnacionales del capitalismo neoliberal. El globalismo neoliberal ha socavado las soberanías y economías nacionales, y los derechos de los ciudadanos, negándoles a muchos jóvenes un futuro antes prometido por el Estado desarrollista, mientras que los incorpora al mercado global como ciudadanos-consumidores (Comaroff & Comaroff, 2005). La interconexión global mediática creadora de prácticas y estilos juveniles translocales se adapta y resignifica localmente por parte de los jóvenes, a la vez que se articula a procesos de reproducción de la desigualdad social. Las intersecciones entre culturas juveniles translocales y procesos de reproducción de la desigualdad social han sido abordadas principalmente desde marcos analíticos que vinculan la diversidad de trayectorias y experiencias de vivir la juventud con las transformaciones urbanas en el Sur global (Hansen, 2008; Saraví, 2009), aunque estas intersecciones también se localizan en las nuevas ruralidades.

Es en este contexto que en América Latina surge un renovado interés por la diversidad de formas de construir y vivir lo juvenil en los territorios rurales. Las transformaciones agrarias del neoliberalismo han gestado nuevos fenómenos migratorios en comunidades indígenas y campesinas en los que los adolescentes y jóvenes han sido los principales actores. La migración se convierte así en un proceso crítico para la emergencia de la juventud en los grupos indígenas como una etapa en el ciclo de vida caracterizada por el acceso a formas de consumo y estilos globalizados, experiencias y saberes transculturales, reconfiguraciones identitarias y transformaciones en los patrones de sociabilidad (Carpena-Méndez, 2007; Pérez Ruiz, 2008; París Pombo, 2010; Urteaga, 2011; Cruz, 2012). Los imaginarios y las prácticas de lo juvenil que emergen en las nuevas ruralidades son las de los jóvenes migrantes rurales e indígenas (Urteaga, 2011), aunque la forma en que esta nueva categoría social resignifica categorías etarias dentro del ciclo de vida en las comunidades indígenas y campesinas es todavía un terreno insuficientemente explorado. La reciente atención académica a este fenómeno masivo ha tenido dos efectos. Por un lado, ha venido a renovar los estudios de comunidades rurales indígenas que habían sido caracterizados por la falta de dimensión generacional y la invisibilización de los niños y jóvenes. Por otro, ha llenado una laguna en los estudios sobre juventud orientados, como se ha dicho, por la preocupación analítica hacia el fenómeno de la juventud urbana. Existen, sin embargo, limitaciones en estos paradigmas para entender las relaciones que estos jóvenes mantienen con los entornos transrurales por los que sus vidas transitan (y a los que contribuyen a construir con sus prácticas diarias) y el mantenimiento y la transformación de saberes agroecológicos.

La salida de los jóvenes del campo hacia las ciudades y la circulación por distintos espacios durante sus trayectorias de vida se aborda desde paradigmas que privilegian la construcción de identidad y agencia sociales al apropiarse de prácticas y símbolos culturales que circulan globalmente, rompiendo así con las normas y prácticas socioculturales de los adultos. Estos paradigmas descansan sobre una concepción liberal occidental de la agencia entendida como oposición a las normas y estructuras sociales establecidas y la construcción de vidas independientes de los lazos y las obligaciones del parentesco.⁴ Los marcos analíticos que reconocen a los jóvenes como actores sociales con frecuencia los construyen como sujetos que pierden la memoria biocultural asociada a historias de relaciones humano-ecológicas en entornos locales particulares. Subyace la premisa de que los jóvenes rurales expresan un sentido de agencia social cuando pierden su memoria biocultural y se convierten en agentes de cambio social y cultural, entendido éste desde perspectivas normativas del desarrollo. Se descarta la posibilidad de que los niños y jóvenes puedan otorgar sentido y forjar espacios de poder para sí mismos a través de la conformidad con normas, jerarquías y prácticas sociales locales. Es desde esta posición que se asume que los jóvenes no tienen interés, ni conocimientos para continuar con las prácticas agrícolas, ni tampoco conciencia social de la importancia de la relación entre formas de vida sostenibles basadas en la agricultura y calidad de vida.

Los enfoques analíticos que han caracterizado la investigación sobre jóvenes en Europa y América del Norte han influido en el desarrollo de este campo de estudio en América Latina. Nilan y Feixa (2006, p. 5) señalan que “la literatura sobre juventud continúa siendo producida acorde con las percepciones occidentales de la realidad y las tradiciones occidentales de análisis sociocultural, que en el pasado han dado una inflexión etnocéntrica a los estudios de la juventud global”. La preocupación por la intersección entre violencia, marginalidad, adolescencia y masculinidad —principalmente en zonas urbanas— es una temática central en el campo de estudios de la juventud en América Latina, a veces refractada en contextos migratorios transnacionales (Narváez, 2007; Offit, 2008; Jones & Rodgers, 2009; Saraví, 2009; Levenson, 2013; Wolseth, 2014).

A pesar de que la violencia política y estructural también ha constituido un eje vertebrador de la construcción de la vida diaria en el campo latinoamericano, ésta no se ha mirado desde el prisma de las experiencias de los jóvenes rurales. Existen importantes excepciones, como la entrada en la investigación académica de los conflictos sociales agrarios y los movimientos sociales rurales en Brasil organiza-

⁴ Véase Saba Mahmood (2005) para una crítica similar desde los estudios de género a la concepción liberal de la agencia, y Jane Dyson (2014) desde una etnografía de la infancia y la juventud en las economías rurales de la India.

dos a partir de la identidad juvenil (Castro, 2008, 2009). Retomando el concepto de generación propuesto por Mannheim, Castro analiza la construcción y reordenación de la categoría “juventud rural” como actor sociopolítico en diferentes movimientos sociales que emergen a partir del año 2000 en un mundo rural en conflicto. En movimientos sociales como el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST), formado en los ochenta y noventa por personas en el rango etario de los 20 a los 30 años, que entonces no se autoidentificaban como jóvenes, ahora se dan procesos de construcción simbólica de la categoría juventud, en oposición a la categoría de adulto o viejo, en la disputa por espacios de poder y decisión en dichas organizaciones sociales y junto a gestores de políticas públicas.

Al identificarse como joven campesino o joven agricultor familiar, éstos no sólo resignifican representaciones sociales del medio rural como un espacio simbólico de muerte social y falta de futuro —representaciones centrales en los procesos de reproducción de las desigualdades sociales y las jerarquías rural/urbano— sino también imaginarios normativos de la juventud asociados a la modernidad urbana.

La violencia política y estructural es una fuerza histórica que da forma a la vida cotidiana en el campo latinoamericano. Reconfigura las identidades de los jóvenes al constreñir las condiciones de posibilidad de ser actores sociales en la renovación de formas de vida y prácticas agrícolas sustentables. La violencia también se internaliza, reconfigura sus subjetividades, sus relaciones sociales, sus cuerpos y su salud. Los trabajos que siguen ilustran la necesidad de abrir líneas de investigación que nos permitan iluminar el efecto que las distintas formas de violencia tienen en las formación de subjetividades de los jóvenes rurales y en sus trayectorias de vida, sin silenciar las acciones que los jóvenes generan para transformar y resignificar la violencia y la desigualdad que viven cotidianamente.

El artículo de Ivonne Vizcarra, Humberto Thomé Ortiz y Carmen Delia Hernández Linares (en este número) reflexiona sobre el contexto de violencia estructural y política que ha promovido el Estado neoliberal mexicano, en el que una de las principales preocupaciones de las familias campesinas e indígenas es la drogadicción y delincuencia de los jóvenes, por encima de la preocupación por la emigración y el abandono de la agricultura familiar. Como ya se ha señalado, las remesas de los migrantes, el trabajo asalariado y las políticas asistenciales son parte de las estrategias de vida contemporáneas que permiten a los hogares rurales acceder a la compra de alimentos de los mercados globales y abandonar gradualmente las prácticas agrícolas que han sustentado el cultivo de maíz nativo. Vizcarra *et al.* subrayan que las consecuencias de fracturar la relación de los jóvenes con las prácticas agrícolas no sólo incluyen la pérdida de conocimiento por parte de las nuevas generaciones sino también la pérdida de salud, que en muchos casos los incapacita para trabajar, y proponen estrategias para promover la conciencia social de la importancia del relevo generacional en el cultivo del maíz nativo.

La relación entre la violencia política, la imposibilidad de continuar con las prácticas agrícolas y la pérdida de la salud es especialmente significativa en el contexto colombiano. Para los jóvenes nasa de Colombia, las luchas por los derechos de tierra, la reforma agraria y la autonomía es refractada por la producción de cultivos ilícitos, que se ha convertido en la única forma viable de producción agrícola para muchos grupos indígenas (Zellers, 2014). Los jóvenes nasa se sienten atrapados entre las fuerzas armadas del Estado y contra el Estado que sostiene el tráfico globalizado y su propio microtráfico y consumo de drogas ilícitas. Esta situación refleja la reproducción social de la violencia política y estructural en la que las víctimas también la reproducen y perpetran contra otros y ellos mismos. Las serias consecuencias sociales y personales del consumo juvenil de drogas es otra capa de desposesión de los jóvenes rurales. Aunque la identidad nasa está estrechamente alineada con una conexión a la tierra y las prácticas agrícolas, y por lo tanto a una identidad de clase campesina, el trabajo de Zellers parece sugerir la posibilidad de que los jóvenes reclamen la identidad a través del mercado para generar etnicidad, en un contexto económico que ha dejado a la mayoría sin otra opción que comercializar productos y símbolos culturales (Comaroff & Comaroff, 2009).

En la globalización neoliberal la identidad étnica y la naturaleza han sido absorbidas por el régimen de propiedad intelectual. La comercialización de la etnicidad es parte de un proceso más amplio en el que instituciones y entidades sociales son cada vez más definidas en términos de empresa comercial (Comaroff & Comaroff, 2009). Esta ha sido la experiencia de algunos jóvenes nahuas que a finales de los noventa tomaron el liderazgo del proceso migratorio de sus comunidades a los Estados Unidos en respuesta a las políticas de desmantelamiento de la agricultura de subsistencia en México. Sus experiencias de migración circular y trabajo en los extremos opuestos del sistema alimentario global —habiendo sido niños campesinos que luego trabajaron como cocineros en los Estados Unidos— facilitaron la reapropiación de su cultura después de haber sido sujetos a formas de desposesión y dominación simbólica, como es la experiencia migratoria. Aunque estos jóvenes no conocían el concepto de cultivo biológico antes de su experiencia migratoria, durante su trabajo como cocineros en restaurantes biológicos, se dieron cuenta de que esa era la forma en que sus abuelos cultivaban maíz y frijol en el pasado reciente. Surgió así una renovada conciencia de sí mismos como sujetos de conocimiento valioso. Regresaron al campo de México para impulsar proyectos productivos transnacionales de maíz criollo azul basados en el conocimiento agrícola local para el mercado global de alimentos sanos (Carpena-Méndez, 2014). Una renovada autocomprensión como sujetos de conocimiento, aunque basada en las experiencias encarnadas de diferentes formas de vida, sólo pudo articularse cuando fue interceptada por los mercados globales neoliberales verdes y de la identidad étnica. El llamado conocimiento agroecológico tradicional se convierte así en parte de la *ethnocommodity* (Comaroff & Comaroff, 2009).

La globalización neoliberal es una formación social histórica que decampesiniza aceleradamente, generando así formas noveles de desposesión de los jóvenes rurales, y alterando los procesos transgeneracionales de transmisión y recreación de la memoria biocultural. Pero la visión social del neoliberalismo se ha desplegado como un proyecto inacabado, nunca completamente actualizado, sin poder eliminar por completo lo anterior, manifestando efectos sobre el terreno profundamente contradictorios como muestran los estudios de caso anteriores. Estos casos ilustran el cambio social y el desarrollo de una nueva mentalidad como consecuencia no sólo de visiones sociales preconcebidas e institucionalizadas a través de políticas públicas sino también de las acciones cotidianas de actores —en este caso jóvenes— que no siempre tienen una agenda coherente prediseñada.

El reto de los estudios críticos de las juventudes rurales es fundamentar teórica y metodológicamente nuevas aproximaciones que nos permitan describir y analizar la formación de subjetividades, aprendizajes y conocimientos de los jóvenes en la heterogeneidad de realidades rurales, capaces de generar nuevas posibilidades. Porque no podemos olvidar que la violencia y la dislocación han sido fenómenos integrados a las formas en que las culturas rurales latinoamericanas han sido formadas en el crisol de las turbulencias del colonialismo, el trabajo forzado en las plantaciones, el peonaje por deudas en las haciendas, la guerra civil y las colectividades agrarias a las que se les otorgaron tierras marginales y que dependían del trabajo migratorio para la subsistencia económica. Es posible que el sentido de inestabilidad que otorgamos a la diversificación de las estrategias de subsistencia de las familias rurales contemporáneas se construya desde una falta de atención a la inestabilidad del pasado. Al rol que la violencia y el terror, en tanto el proyecto colonial impuso formas de producción capitalista, tuvieron en las formas en que las poblaciones indígenas recrearon y mantuvieron las prácticas agrícolas quizá sólo pueda accederse desde la memoria encarnada de muchos jóvenes rurales que informan sobre sus percepciones de los posibles futuros agrícolas. Existe la posibilidad de que las condiciones de la cotidianidad de los jóvenes rurales —marcada por la violencia estructural, la desigualdad y la movilidad— no sean dadas por sentado, y que las memorias encarnadas, por un lado, y las subjetividades transculturales, por otro, sean el terreno sobre el que la conciencia social de la importancia de las formas de agricultura sustentable se desarrolle. La violencia (política, estructural, cotidiana) y la movilidad (campo-ciudad y transnacional) se revelan en factores centrales que explorar en la formación de subjetividades y procesos de aprendizaje de los jóvenes rurales en relación con los futuros agrícolas en América Latina. Las categorías joven rural, campesino o agricultor subsisten, se resignifican, reacomodan o movilizan, junto con otras identidades, en la heterogeneidad de mundos rurales, pero siguen siendo poco conocidos como actores sociales al no haber sido categorías prioritarias para los enfoques de las políticas públicas de juventud ni para las políticas de desarrollo rural o agrario.

Pedagogías campesinas, re-creación de saberes agroecológicos y la educación del campo

Hemos sugerido la posibilidad de que la integración de la construcción moderna de la juventud en nuestras formas de producir conocimiento limite nuestra comprensión de los jóvenes como agentes en la continua recreación de conocimiento y como depositarios de memorias culturales y no sólo como agentes de cambio social y disrupciones culturales. Asumimos que los jóvenes no tienen interés en la agricultura y que la migración causa una brecha de conocimiento agroecológico entre generaciones. Sin embargo, no podemos saber lo que no estamos buscando.

Un área creciente de investigación se enfoca en el conocimiento agrícola y medioambiental de los niños y jóvenes (Katz, 1989, 2004; Zarger & Stepp, 2004; Zarger, 2010). Este campo de investigación documenta la profundidad del conocimiento que los niños tienen (como un objeto de clasificación externo al conocedor) y no el proceso de aprender y re-crear conocimiento. Zarger (2010) señala que los trabajos sobre el conocimiento agroecológico no han incorporado los desarrollos teóricos y metodológicos en los nuevos estudios sociales de los niños como actores sociales que son creadores y negociadores de cultura en lugar de ser recipientes pasivos de procesos de transmisión cultural. Recogiendo esta observación de Zarger, proponemos además la necesidad de desarrollar aproximaciones al conocimiento como proceso; esto es, conocimiento en transición y transformación en el que los niños y jóvenes son actores sociales críticos.

Desarrollos teóricos recientes sobre la producción compartida de conocimiento como proceso dinámico que surge de la relación indisoluble entre medioambiente, cuerpos y pensamiento (Marchand, 2010) contribuyen a repensar el conocimiento como proceso en lugar de como certeza según las aproximaciones cognitivistas de la etnobiología y la etnoecología; dicho de otra forma, a analizar cómo los jóvenes llegan a saber o no saber contra el trasfondo de aprendizajes previos, en lugar de limitarnos a preguntar qué es lo que saben los jóvenes en un momento particular. Igualmente, los trabajos de Tim Ingold (2000, 2011) sobre aprendizaje de habilidades, movimiento y percepción encarnada del medioambiente contribuyen a reconsiderar el conocimiento como actividad —siendo el conocer inseparable del hacer— en lugar de como objeto que debe ser clasificado y circulado. Estos trabajos estimulan el desarrollo de aproximaciones metodológicas para explorar el conocer como proceso; esto es, el conocimiento agroecológico en transición y transformación en el que los niños y jóvenes son actores sociales críticos. Los procesos de aprendizaje, lejos de ser procesos de transmisión cultural, requieren un acto de re-creación por parte del aprendiz. El conocimiento aprendido no es preexistente sino sujeto continuamente a un proceso de generación por parte de los niños y jóvenes. El conocimiento, en este caso agroecológico, se hace, actualiza y reconfigura

constantemente en las prácticas e interacciones cotidianas con otras personas y con el medioambiente. Estos procesos no pueden captarse en su complejidad solamente con metodologías que se limitan a la observación, la entrevista y el cuestionario sino que requieren del posicionamiento, y la experiencia kinestésica del investigador, como aprendiz y como metodología de investigación. Aproximaciones analíticas y metodológicas desde la fenomenología permiten el posicionamiento del investigador no como “experto” ni como medio para “dar voz” a los jóvenes sino en interrelación con los participantes en los procesos de dar sentido a constelaciones de experiencias y de traducción entre distintas formas de conocimiento (Kennelly and Poyntz 2015). Es debido a nuestras limitaciones metodológicas y conceptuales para aprehender la re-creación de saberes campesinos que cuando consideramos a los jóvenes como parte central de la lucha social por mantener y recrear formas de vida social y conocimiento que permitan la sustentabilidad social y medioambiental, éstos con frecuencia se convierten en figuras borrosas como actores sociales.

Estas reconceptualizaciones del conocimiento y el aprendizaje apuntan también en dirección a las lógicas de los sistemas de aprendizaje de las culturas campesinas e indígenas. Las pedagogías campesinas e indígenas no han sido exploradas de forma sistemática por ninguna disciplina. Los agroecólogos se han interesado por los sistemas cognitivos campesinos y sus lógicas de experimentación sin generar una comprensión profunda de los sistemas pedagógicos y de aprendizaje que permiten la innovación en respuesta a condiciones históricas cambiantes, a la vez que una gran estabilidad en el corpus de conocimiento a través del tiempo, porque se han interesado más en los adultos que en los jóvenes, o porque no se han interesado en cómo ese conocimiento se recrea en las relaciones intergeneracionales mismas. Una excepción es el esfuerzo de Ortiz Báez (2013) por indagar sobre la lógica de la producción campesina de conocimientos, el conjunto práctico-cognitivo que los conecta y las pedagogías que los reproducen y actualizan en el tiempo. Basándose en el trabajo pionero de Chamoux (1992), quien defiende la existencia de un sistema pedagógico en las comunidades indígenas mesoamericanas, Ortiz Báez (2013) traza los principios ontológicos que sostienen la pedagogía campesina mesoamericana (independientemente de la filiación étnica), centrados en el desarrollo de la capacidad de observación atenta, procesos de introyección cognitiva que él llama “de golpe”, que pueden transferirse tanto a las condiciones cambiantes del trabajo campesino como a otros trabajos para los cuales no se ha recibido entrenamiento.

Desde la antropología se han generado críticas a la idea del aprendizaje como transmisión mecánica de conocimientos, centrada en la oralidad y en ensayo y error, pero no han tenido una influencia transformadora en el planteamiento de la educación indígena y rural ni en los programas de capacitación agroecológica. Jenny Cockburn (en este número) examina los desafíos que enfrentan los programas de agricultura ecológica en Bolivia promovidos por ONG nacionales e internacio-

nales para atraer a la juventud a través de términos clave del neoliberalismo como liderazgo y empoderamiento. La incertidumbre de estos programas de desarrollo rural proviene en parte de las dificultades para construir un diálogo horizontal entre el conocimiento campesino y la universalidad del lenguaje científico del experto. Los esfuerzos por construir dinámicas participativas se convierten en oportunidades para que los agricultores locales hagan preguntas a los expertos en agroecología. Los niños y jóvenes se integran a estos proyectos agroecológicos como agentes de cambio y transformación en sus comunidades. Las técnicas agroecológicas son tratadas como un objeto que se ha de circular, externo al conocedor. Parece haber poco interés en indagar cómo los niños y jóvenes aprenden, qué es lo que saben y cómo transforman ese conocer en sus prácticas diarias. Una cuestión central en este contexto es cómo la colaboración en la construcción del conocimiento puede trascender los desequilibrios de poder generacionales y de género a través del acceso a la tierra y la transmisión intergeneracional de la tenencia de la tierra.

Una cuestión crítica es cómo revalorizar y resignificar las actividades de la agricultura sustentable a través de las políticas y prácticas educativas. Los jóvenes rurales contemporáneos han pasado parte de su infancia en instituciones educativas que insisten en restringir los roles productivos que los niños tienen en sus procesos de aprendizaje, separando el saber del hacer. ¿Cuál podría ser el rol de la escuela —como la conocemos— en sostener las prácticas agrícolas que preserven el cultivo del maíz nativo y desarrollar la conciencia social de los beneficios de formas de vida sustentables? ¿Es posible mirar a la institución escolar como parte de un sistema económico y cultural cuyas características estructurales están relacionadas con los problemas persistentes que enfrentamos? ¿Podemos cuestionar cómo la separación de los niños de la naturaleza y la fragmentación del conocimiento en las escuelas contribuye a la destrucción medioambiental que las economías desarrolladas dejan a su paso?

Existe una disonancia epistemológica en la educación rural, creada por la pugna entre los saberes escolares y los saberes campesinos, que aunque siempre estén en movimiento y transformación logran preservar sus estructuras de organización básicas (Núñez, 2004). Las tecnologías de escolarización, con su secuencialidad y gradación en la adquisición de conocimientos, que encarnan el espíritu del progreso capitalista, han sido un instrumento para la reconfiguración de la infancia y la juventud, los procesos de aprendizaje, las orientaciones cognitivas y de relación con el entorno que permiten la recreación de saberes en las culturas campesinas. Las tecnologías de escolarización están mediadas por la textualidad, o el conocimiento no contextual que depende del lenguaje. El conocimiento se convierte así en un objeto, que puede ser circulado, almacenado y clasificado, externo al conocedor, en lugar de un proceso vivo que recoge la experiencia siempre cambiante y desde donde se interroga el corpus de saberes campesinos. La escuela legitima y naturaliza

este conocimiento fragmentado como superior al configurar a los niños y jóvenes rurales como víctimas de creencias anticuadas atrapadas en una existencia premorderna (Pini, Moletsane & Mills, 2014, p. 457).

La historia de la educación rural e indígena ha sido un proceso fundamentalmente político donde se han producido activamente nuevas subjetividades y órdenes socioeconómicos (Civera, 2011; Child & Klopotek, 2014). Las políticas y prácticas educativas se han articulado de forma consistente con las políticas económicas y agrarias, preparando así a los jóvenes para su subordinación al capital, abonando la descampesinización de los territorios rurales y la dominación del sector productivo empresarial. Procesos de desposesión y dependencia de poblaciones indígenas y campesinas han sido facilitados por políticas y prácticas educativas (Child & Klopotek, 2014). La escuela rural ha sido un sitio de transformación de subjetividades, formación de ciudadanos modernos del Estado, y sobre todo de mutación de campesinos en trabajadores asalariados. Aunque la educación escolar facilite la incorporación de los jóvenes rurales al mercado laboral agroindustrial y la migración a áreas urbanas, esta incorporación suele ser en los escalones más bajos de la jerarquía sociolaboral. Y en particular, en los mercados laborales neoliberalizados, la educación que reciben los jóvenes rurales no suele traducirse en seguridad laboral, condiciones laborales reguladas ni en movilidad de clase social (véase Aparicio y Crovetto en este número). Susana Aparicio y Marcela Crovetto examinan las políticas de prohibición del trabajo infantil y protección del trabajo adolescente en el contexto de su temprana incorporación al trabajo en la multiplicidad y heterogeneidad del agro argentino, desde familias campesinas, familias con pequeñas o mediana empresa agropecuaria, y familias de asalariados sin vínculos con la tierra. Las distintas formas de socialización y aprendizaje para el trabajo en el agro, así como la valoración acerca del mismo, implican diferentes formas de relación con, y de demandas a, la educación escolar.

En la nueva ruralidad emergen nuevos retos educativos para propiciar una práctica pedagógica que atienda al medio sociocultural de los niños y jóvenes, en su carácter de sistema abierto con un alto grado de imbricación de saberes en un mundo globalizado, revalorizadora e integradora de los saber-hacer campesinos (fruto de la coexistencia de múltiples racionalidades) y la sostenibilidad ambiental (Miranda, 2011; Núñez, 2004). Esta nueva pedagogía descolonizadora implica, según Jesús Núñez (2004), que los educadores acepten e incorporen el saber campesino en igualdad de condiciones epistemológicas que el saber científico moderno, que asuman una postura de desaprender una visión antropocéntrica, atomizadora de la realidad, para acoger un pensamiento biocéntrico basado en la relación de reciprocidad y respeto con los demás componentes ambientales como requisito para la sostenibilidad. La escuela rural, en este paradigma emergente, es un lugar de diálogo, de encuentro y desencuentro, y de sinergización de saberes. Asimismo, las estra-

tegiás pedagógicas reconocen la constitución del saber y sus formas de existencia a través del aprender-haciendo orientado al cultivo de la biodiversidad, el trabajo en grupo y la socialización comunitaria, y la equiparación oralidad-escritura.

La regeneración y reapropiación de saberes campesinos es un proceso crucial para la pervivencia de la biodiversidad, la diversidad de formas de vida, la justicia social y la soberanía alimentaria⁵ cuando uno de los principales embates de la modernidad contra las culturas campesinas e indígenas ha sido el bloqueo de los procesos de transmisión y recreación de la memoria biocultural. Así, diversos movimientos sociales rurales transnacionales vinculados a la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC)-La Vía Campesina (LVC), con distintas visiones sociales y conocimientos, han respondido a las políticas anticampesinistas neoliberales elaborando la noción y las prácticas de la agroecología, así como las relaciones sociales y productivas que las sustenten a nivel local, a partir del diálogo entre estos distintos saberes y cosmovisiones y la construcción de relaciones horizontales en la toma de decisiones entre etnias, géneros y grupos de edad (Martínez-Torres & Rosset, 2014).

Estos movimientos sociales rurales han sido los principales demandantes y proponentes de políticas de educación superior para el campo como instrumento esencial de desarrollo sustentable de los territorios rurales en Brasil. La educación del campo surge así como un proyecto político y pedagógico de resistencia a la desterritorialización de campesinos por parte del agronegocio, en la lucha por la permanencia en la tierra y la reproducción de las formas de vida campesinas (Fernandes, 2006). Se contraponen al modelo de escolarización ruralista que subordinaba a los niños y jóvenes a las visiones sociales y los valores promovidos por el capital y el mundo urbano, a la vez que era considerada una escuela residual del sistema educativo con pésima infraestructura y profesorado mal remunerado y preparado. Se trata, en cambio, de una conquista de las políticas públicas de educación en Brasil por parte de los movimientos sociales rurales, para construir una educación a partir de las lógicas de producción y de vida campesina, en lugar de con base en los principios del capital. Bernardo Mançano Fernandes (en este número) elabora la historia de la creación de la Educación del Campo, un paradigma teórico-político construido entre los movimientos sociales rurales, el Estado y las universidades que democratiza el acceso de los jóvenes campesinos a la universidad, así como la producción de conocimiento. Fernandes nos presenta un modelo de integración de la producción de conocimiento y la producción de políticas públicas para el desarrollo de los espacios rurales a través de la ruptura

⁵ Se entiende por soberanía alimentaria el derecho a definir los sistemas agrícolas y alimentarios propios y el acceso a alimentos saludables producidos con métodos ecológicos y sustentables.

con las perspectivas hegemónicas del agronegocio en las universidades y del consenso disputado entre el tiempo y las actividades de enseñanza en el campus y en los asentamientos de la reforma agraria.

Conclusiones

Con las transformaciones que las políticas neoliberales han traído al mundo agrario y los territorios rurales, los jóvenes rurales se han desvelado como sujetos históricos. Los jóvenes están cargando con los profundos costos sociales de la reestructuración agraria, la migración y la inseguridad alimentaria. Las trayectorias de vida móviles han sido una de las respuestas de los jóvenes a la reestructuración de las relaciones sociales agrarias y de las relaciones economía-naturaleza bajo discursos e imaginarios hegemónicos del campo como un espacio simbólico de muerte social y falta de oportunidades para el futuro. Pero sus respuestas a estas transformaciones incluyen acciones diarias por mantener y recrear formas de vida y conocimientos que permitan la sustentabilidad social y medioambiental, aunque éstas no sean suficientemente reconocidas. Estas respuestas reflejan las complejas interconexiones entre los espacios diarios y los procesos globales que conforman las prácticas y los saberes de los jóvenes rurales.

A partir de una arqueología de los enfoques temáticos y analíticos que han ido conformando los estudios socioculturales de la juventud en la modernidad, hemos sugerido las limitaciones que este campo tiene para aproximarse a los jóvenes rurales como no sólo como agentes de cambio modernizador o como depositarios pasivos de la memoria biocultural, sino como actores sociopolíticos clave en los procesos dinámicos de re-crear formas de vida y conocimientos agroecológicos. Los artículos de este volumen, desde distintas perspectivas disciplinarias, sitúan a los jóvenes y las relaciones generacionales en el centro del análisis de las transformaciones socioproductivas del campo latinoamericano. El diálogo entre campos de estudio que han permanecido separados, como los estudios rurales y agrarios, las políticas y prácticas educativas y los estudios socioculturales de la juventud puede contribuir a una comprensión más profunda de las realidades y la agencia cotidiana de la juventud rural. Las rearticulaciones entre la relación ontológica con la tierra, relaciones y exclusiones generacionales, movilidades y la formación de saberes por parte de los jóvenes desvelan cuestiones críticas para el desarrollo de estudios de la juventud rural y para el diseño de políticas que promuevan formas de desarrollo rural social y medioambientalmente sostenibles. Reconocer la centralidad de los jóvenes y las relaciones intergeneracionales en los procesos de des/re-territorialización, re-producción de relaciones sociales y re-creación de saberes agroecológicos los sitúa en el centro de los debates sobre desarrollo sostenible en los estudios rurales y agrarios.

Referencias

- Appendini, K. & Torres-Mazuera, G. (2008). *¿Ruralidad sin agricultura?* México: El Colegio de México.
- Ariès, P. (1962). *Centuries of childhood: a social history of family life*. New York: Vintage Books.
- Barahona, R. (1987). Conocimiento campesino y sujeto social campesino. *Revista Mexicana de Sociología*, 49, 167-190.
- Becker, H. (1963). *The outsiders: studies in the sociology of deviance*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Binford, L. (2003). Migrant remittances and (under)development in Mexico. *Critique of Anthropology*, 23(3), 305-336.
- Bolin, I. (2006). *Growing up in a culture of respect: child rearing in Highland Peru*. Austin: University of Texas Press.
- Bourdieu, P. (2008). *The bachelor's ball: the crisis of peasant society in Béarn*. Oxford: Polity.
- Brake, M. (1980). *The sociology of youth culture and youth subcultures: sex and drugs and rock'n' roll?* London: Routledge.
- Brake, M. (1985). *Comparative youth cultures*. London: Routledge.
- Bucholtz, M. (2002). Youth and cultural practice. *Annual Review of Anthropology*, 31, 525-552.
- Carneiro, M. J. & Guaraná de Castro, E. (eds.) (2009). *Juventude rural em perspectiva*. Rio de Janeiro: Mauad.
- Carpena-Méndez, F. (2007). Our lives are like a sock inside-out: children's work and youth identity in neoliberal rural Mexico. En Panelli, R., Punch, S. & Robson, E. (eds.), *Global perspectives on rural childhood and youth: young rural lives* (41-56). London, New York: Routledge.
- Carpena-Méndez, F. (2014). Transnational/indigenous youth: learning, feeling and being in globalized contexts. En Veale, A. & Donà, G. (eds.) (2014), *Child and youth migration: mobility-in-migration in an era of globalization* (44-66). New York: Palgrave Macmillan.
- Castro, E. G. (2008). Juventud, generación y prácticas políticas: procesos de construcción de la categoría juventud rural como actor político. *Revista Argentina de Sociología*, 6(11), 237-256.
- Castro, E. G. (2009). Juventude rural no Brasil: processos de exclusão e a construção de um ator político. *Revista Latinoamericana de Ciências Sociais, Niñez y Juventud*, 7(1), 179-208.
- Chamoux, M.-N. (1992). *Trabajo, técnicas y aprendizaje en el México indígena*. México: CIESAS, Ediciones de la Casa Chata.
- Child, B. & Klopotek, B. (2014). Introduction: comparing histories of education for indigenous peoples. En Child, B. & Klopotek, B. (eds.), *Indian subjects: hemispheric perspectives on the history of indigenous education*. Santa Fe, NM: School of Advanced Research Press.

- Civera, A. (2011). Introducción: hacia el estudio de la escuela de los campos latinoamericanos. En Civera, A., Alfonseca, J. & Escalante, C. (eds.), *Campesinos y escolares: la construcción de la escuela en el campo latinoamericano* (5-31). México: El Colegio Mexiquense y Miguel Ángel Porrúa.
- Cohen, A. (1955). *Delinquent boys: the culture of the gang*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Cole, J. & Durham, D. (2008a). Introduction: Age, regeneration, and the intimate politics of globalization. En Cole, J. & Durham, D. (eds.), *Generations and globalization: youth, age, and family in the new world economy* (1-28). Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Cole, J. & Durham, D. (2008b). Introduction: globalization and the temporality of children and youth. En Cole, J. & Durham, D. (eds.), *Figuring the future: globalization and the temporalities of children and youth* (3-24). Santa Fe, NM: School for Advanced Research Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2001). Millennial capitalism: first thoughts on a second coming. En Comaroff, J. & Comaroff, J. (eds.), *Millennial capitalism and the culture of neoliberalism* (1-56). Durham, NC: Duke University Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2005). Reflections on youth: from the past to the postcolony. En Honwana, A. & De Boeck, F. (ed.), *Makers and breakers: children and youth in postcolonial Africa* (19-30). London: Africa World Press and James Currey.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2009). *Ethnicity Inc*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1994). *Juventud rural, modernidad y democracia: desafíos para los noventa*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cruz-Salazar, T. (2012). El joven indígena en Chiapas: el reconocimiento de un sujeto histórico. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, 10(2), 145-162.
- Cunningham, H. (2005). *Children and childhood in Western society since 1500*. New York: Routledge.
- Delgado, J. (1999). La nueva ruralidad en México. *Investigaciones Geográficas (Mx)*, 39, 82-93.
- Del-Rey-Poveda, A. (2010). La primera migración laboral de las poblaciones rurales del sur de Veracruz, México. *Papeles de Población*, 16(64), 31-65.
- Descola, P. (2013). *The ecology of others*. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- Dyson, J. (2014). *Working childhoods: youth, agency and the environment in India*. Cambridge University Press.
- Fairhead, J., Leach, M. & Scoones, I. (2012). Green grabbing: a new appropriation of nature? *The Journal of Peasant Studies*, 39(2), 237-261.
- Feixa, C. & González, Y. (2005). The socio-cultural construction of youth in Latin America: achievements and failures. En Helve, H. & Holm, G. (eds.), *Contemporary youth research: local expressions and global connections*. Burlington y Aldershot: Ashgate.
- Fernandes, B. M. (2006). Os campos da pesquisa em educação do campo: espaço e território como categorias essenciais. En Molina, M. C. (ed.), *Educação do campo e pesquisa: questões para reflexão* (27-40). Brasília: Ministerio do Desenvolvimento Agrário.

- Fitting, E. (2011). *The struggle for maize: campesinos, workers, and transgenic corn in the Mexican countryside*. Durham, NC: Duke University Press.
- Gammeltoft-Hansen, T. & Nyberg Sørensen, N. (eds.) (2013). *The migration industry and the commercialization of international migration*. New York: Routledge.
- Glick Schiller, N. (2010). A global perspective on migration and development. En Schiller, G., Nina, F. & Faist, T. (eds.), *Migration, development and transnationalization. A critical stance* (22-62). New York y Oxford: Berghahn Books.
- Gillis, J. (1974). *Youth and history: tradition and change in European age relations, 1770-present*. New York: Academic Press.
- González Cangas, Y. (2003). Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Nueva Antropología*, 63, 153-175.
- González Cangas, Y. (2004). Óxido de lugar: ruralidades, juventudes e identidades. *Nómadas*, 20, 194-209.
- Greenhouse, C. (2010). Introduction. En Greenhouse, C. (ed.), *Ethnographies of neoliberalism*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Guarnizo, L. (2003). The economics of transnational living. *International Migration Review*, 37(3), 666-699.
- Gustafson, Bret 2009. *New Languages of the State: Indigenous Resurgence and the Politics of Knowledge in Bolivia*. Durham and London: Duke University Press.
- Hall, S. & Jefferson, T. (eds.) (1976). *Resistance through rituals: youth subcultures in Post-War Britain*. New York: Holmes and Meier.
- Hansen, K. T. (2008). *Youth and the city in the global South*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. London y New York: Routledge.
- Ingold, T. (2011). *Being alive: essays on movement, knowledge and description*. London, New York: Routledge.
- James, A. & Prout, A. (eds.) (1997). *Constructing and reconstructing childhood: contemporary issues in the sociological study of childhood*. London, New York: Routledge.
- Jones, G. & Rodgers, D. (2009). *Youth violence in Latin America: gangs and juvenile justice in perspective*. New York: Palgrave Macmillan.
- Katz, C. (1989). Herders, gatherers, and foragers: the emerging botanies of children in rural Sudan. *Children's Environments Quarterly*, 6(1), 46-53.
- Katz, C. (2004). *Growing up global: economic restructuring and children's everyday lives*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, 71(4), 607-645.
- Kennelly, Jacqueline and Stuart Poyntz 2015. "Introduction", in Poyntz, Stuart and Jacqueline Kennelly (eds), *Phenomenology of Youth Cultures and Globalization: Lifeworlds and Surplus Meaning in Changing Times*. New York and London: Routledge.

- Latta, A. & Wittman, H. (2012). Citizens, society and nature: sites of inquiry, points of departure. En Latta, A. & Wittman, H. (eds.), *Environment and citizenship in Latin America: natures, subjects and struggles*. New York y Oxford: Berghahn Books.
- Levenson, D. (2013). *Adiós niño: the gangs of Guatemala City and the politics of death*. Durham y London: Duke University Press.
- Mahmood, S. (2005). *Politics of piety: the Islamic revival and the feminist subject*. Princeton University Press.
- Marchand, T. (2010). Making knowledge: explorations of the indissoluble relation between minds, bodies, and environment. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 16(s1), 1-21.
- Marín, J. O. B. (2009). Juventud rural: una invención del capitalismo industrial. *Estudios Sociológicos*, 27(80), 619-653.
- Martínez-Torres, M. E & Rosset, P. (2014). Latin America: horizontal dialogue, agroecology, and CLOC/Via Campesina. En Stahler-Sholk, H. V. & Becker, M. (eds.), *Rethinking Latin American social movements from below*. Lanham, Boulder, New York, London: Rowman and Littlefield.
- Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa: a psychological study of primitive youth for Western civilization*. New York: Morrow.
- Miranda Camacho, G. (2011). Nueva ruralidad y educación en América Latina: retos para la formación docente. *Revista de Ciencias Sociales*, 131-132, 89-113.
- Morton, A. D. (2007). Global capitalism and the peasantry in Mexico: the recomposition of class struggle. *Journal of Peasant Studies*, 34(30), 441-473.
- Narváez, J. C. (2007). *Ruta transnacional: a San Salvador por Los Ángeles. Espacios de interacción juvenil en un contexto migratorio*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Nilan, P. & Feixa, C. (2006). Introduction: Youth hybridity and plural worlds. En Nilan, P. & Feixa, C. (eds.), *Global youth? Hybrid identities, plural worlds* (1-13). New York: Routledge.
- Núñez, J. (2004). Los saberes campesinos: implicaciones para una educación rural. *Investigación y Postgrado*, 19(2), 13-60.
- Offit, T. (2008). *Conquistadores de la calle: child street labor in Guatemala City*. Austin: University of Texas Press.
- Ong, A. (2006). *Neoliberalism as exception: mutations in citizenship and sovereignty*. Durham, NC: Duke University Press.
- Ortiz Báez, P. A. (2013). *Conocimientos campesinos y prácticas agrícolas en el centro de México: hacia una antropología plural del saber*. México: UAM & Juan Pablos Editor.
- Otero, G. (2008). Neoliberal globalism and the biotechnology revolution: economic and historical context. En Otero, G. (ed.), *Food for the few: neoliberal globalism and biotechnology in Latin America*. (1-31). Austin: University of Texas Press.
- Panelli, R., Punch, S. & Robson, E. (2007). From difference to dialogue: conceptualizing global perspectives on rural childhood and youth. En Panelli, R., Punch, S. & Robson,

- E. (eds.), *Global perspectives on rural childhood and youth: young rural lives* (1-15). New York: Routledge.
- París Pombo, M. D. (2010). Identidades juveniles y cultura de la migración entre las/los jóvenes triquis y mixtecos/as. *Migraciones Internacionales*, 5(4), 139-164.
- Paz, R. (2011). Agricultura familiar en el agro argentino: una contribución al debate sobre el futuro del campesinado. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 91, 49-70.
- Pérez, E. (2004). El mundo rural latinoamericano y la nueva ruralidad. *Nómadas*, 20, 180-193.
- Pérez Ruiz, M. L. (2008). Jóvenes indígenas en América Latina: ¿globalizarse o morir? En Pérez Ruiz, M. L. (ed.), *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina* (9-44). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Pini, B., Moletsane, R. & Mills, M. (2014). Education and the global rural: feminist perspectives. *Gender and Education*, 26(5), 453-464.
- Punch, S. & Sugden, F. (2013). Work, education and out-migration among children and youth in upland Asia: changing patterns of labour and ecological knowledge in an era of globalisation. *Local Knowledge*, 18(3), 255-270.
- Reynolds, P. (1995). Not known because not looked for: ethnographers listening to the young in Southern Africa. *Ethnos*, 60(3-4), 193-221.
- Reynolds, P. (2007). Neutralizing the young: the South African truth and Reconciliation Commission and Youth. En Littlewood, R. (ed.), *On knowing and not knowing in the anthropology of medicine*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- Reynolds, P. (2008). On leaving the young out of history. *Journal of the History of Childhood and Youth*, 1(1), 150-156.
- Richard, A. (2008). Withered milpas: governmental disaster and the Mexican countryside. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 13(2), 387-413.
- Rojas, T. (2009). La crisis del sector rural y el coste migratorio en México. *Iberoforum*, IV(8), 40-81.
- Salas Quintanal, H., Rivermar Pérez, L. & Velasco Santos, P. (eds.) (2011). *Nuevas ruralidades: expresiones de la transformación social en México*. México: Juan Pablos Editor.
- Salas Quintanal, H. & González de la Fuente, I. (2014). La reproducción de la pluriactividad entre los jóvenes rurales de Tlaxcala, México. *Papeles de Población*, 20(79), 281-307.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- Scheper-Hughes, N. (1979). *Saints, scholars and schizophrenics: mental illness in rural Ireland*. Berkeley: University of California Press.
- Sumberg, J., Akua Anyidoho, N., Leavy, J., Lintelo, D. te & Wellard, K. (2012). The young people and agriculture 'problem' in Africa. *Institute of Development Studies Bulletin*, 43(6), 1-8.
- Toledo, V. & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial.

- Urteaga Castro Pozo, M. (2011). Retos contemporáneos en los estudios sobre juventud. *Alteridades*, 21(42), 13-32.
- Vigil, D. (1988). *Barrio gangs: street life and identity in Southern California*. Austin, Texas: University of Texas Press.
- Virtanen, P. K. (2012). *Indigenous youth in Brazilian Amazonia: changing lived worlds*. New York: Palgrave Macmillan.
- Williams, R. (1973). *The country and the city*. New York: Oxford University Press.
- Willis, P. (1977). *Learning to labor: how working class kids get working class jobs*. New York: Columbia University Press.
- Willis, P. (1990). *Common culture*. Boulder, CO: Westview.
- Wolseth, J. (2014). *Life on the Malecón: children and youth on the streets of Santo Domingo*. New Brunswick, New Jersey, London: Rutgers University Press.
- Zarger, R. (2010). Learning the environment. En Lancy, D., Bock, J. & Gaskings, S. (eds.), *The anthropology of learning in childhood*. Lanham, MD: Altamira Press.
- Zarger, R. & Stepp, J. (2004). Persistence of ethnobotanical knowledge among Tzeltal Maya children. *Current Anthropology*, 45(3), 413-418.
- Zelizer, V. (1985). *Pricing the priceless child: the changing social value of children*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Zellers, A. (2014). Alternative roots: indigenous youth and illicit crops in Cauca, Colombia. Paper presented in the Latin American Studies Association meeting, Chicago, May 22.